



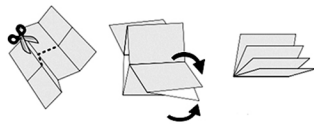
Marco A. Raya. 1978, Montilla (Córdoba). Tiene trato con lobos, gigantes y enfermedades. En la actualidad, vive en Barcelona.

palabradelegolem.wordpress.com

Ilustrador:

Del Hambre

delhambre.com



Nanoediciones

<http://nanoediciones.com>

Micronarrativa 084

Mayo de 2013



Es devorado y transformado en una singularidad.

No hay escapatoria.

El niño que temía al lobo deja de buscar. La fiebre le aplasta como a un saco caliente de piel y huesos, subiendo una décima cada minuto.

Se habían equivocado. Una cabeza de lobo humeante es cercenada en plena carrera.

'No es lupus'.

La chica autoinmune siente el aliento en su nuca. Un gigante se pliega ante ella. Postrado a sus pies, vomita un arcoíris negro.

EXITUS



La chica autoinmune enciende una vela a escondidas en el cuarto de baño. Sonríe a la figura del espejo y la máscara se le curva, epitelio tenso y cálido, casi adolescente.

Estamos aquí para entregar en santo matrimonio a...

—Urania.

Y a...

—Errr... Saturno.

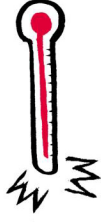
En el sagrado ejercicio del amor y las responsabilidades que merecen la pena. Puedes besar a la novia.

La chica autoinmune se acerca lentamente al espejo. Lo besa. Está tan frío como una muerta por la mañana, piensa. Como debe estarlo el niño del cuento de Pedro y el lobo.

Con paciencia, hoy toca revisión.
Hay algo que no cuadra. Se palpa en el ambiente. Es una densidad latiendo entre dos paredes. No es orgánico, pero está vivo.
Por fin, llaman a la puerta.

La chica se desplaza lentamente, con la cera pegada en los dedos y el olor del pabillo todavía planeando en torno a sus ojos. Se relame, aún, los labios fríos. Aún la espera insuficiente.

Ella acaba de apagar la vela y se siente un poco incómoda en la oscuridad del cuarto de baño. La impersonalidad de los hospitales recuerda a una antecala de algo que cuesta nombrar, quizá por eso estén tan alejados de todo lo que llamamos hogar. Así que mejor salir a tiempo, estar lo menos posible.



El niño del cuento de Pedro y el lobo se encuentra en una habitación de hospital. Continúa respirando en una esquina de su cama con los ojos escondidos. La aurora halógena que ronda sus pies se anula, desaparece. Nada existe salvo la palabra, residuo que asciende vientre arriba, coronando la garganta.

—¡El lobo viene!

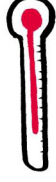
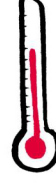
Lo ha gritado muchas veces; pero los cuidados no le hacen caso. Nadie excepto él lo sabe: rojo y breve, su labio sangrará mientras espere para siempre la respuesta de los pájaros.

Porque a este niño, en realidad, no le pasa nada. Le pasa de todo, pero no tiene ninguna enfermedad que pueda ser diagnosticada con la precisión que pretenden los immaculados asuntos de la *asepsis* científica. Su síntoma está en la superficie de las olas que levantan los demás, es una brizna de pollo en el diente de un gigante.

No sabe si responder. Se siente perdido.
—¿Quién me necesita tanto? ¿No es ella?
No es ella.

Parece un niño. Alguien le llama desde lo profundo de la vía ausente.

Después del beso, del vago ritual de apareamiento de este no-ser siendo, oye una cierta voz. Parece un niño. Alguien le llama desde lo profundo de la vía ausente.



El gigante, en sus horas libres, cultiva la caducidad de las sonrisas. Alguien extrema las precauciones cuando pasa a su lado, se persigna. Poco más se sabe. Ni siquiera parece tan alto. Es más allá de eso, un artesano biométrico. Un afinador.

Con su diapasón al cuello, golpea con los nudillos la puerta del niño que al parecer grita lobo.

